

CATHERINE KERBRAT - ORECCHIONI

**LA ENUNCIACION
DE LA SUBJETIVIDAD
EN EL LENGUAJE**

EDICIAL

Versión castellana de Gladys Anfora y Emma Gregores.

Título del original francés:

L'ÉNONCIATION

De la subjectivité dans le langage

Librairie Armand Colin, París, Francia

© EDICIAL S.A.

Rivadavia 739 - Buenos Aires

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN 950-506-009-2

TERCERA EDICIÓN

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

I

LA PROBLEMATICA DE LA ENUNCIACION

1. LA COMUNICACION LINGUISTICA¹

1.1. EL ESQUEMA DE JAKOBSON

“Los diferentes factores inalienables de la comunicación verbal pueden representarse esquemáticamente de la siguiente manera:

	CONTEXTO	
DESTINADOR	MENSAJE	DESTINATARIO
	CONTACTO	
	CODIGO	

Cada uno de estos seis factores da origen a una función lingüística diferente . . .”.

Se ha hecho tradicional comenzar cualquier reflexión sobre el problema de la comunicación verbal recordando cómo Jakobson (1963, p. 214) encara su funcionamiento a partir de la enumeración de sus diferentes elementos constitutivos. Es igualmente frecuente proseguir —el precio de su notoriedad— con una crítica más o menos radical y fundamentada del esquema que acabamos de mencionar, al que Kuentz tacha un poco ligeramente de “regresivo”². Es así que se ha podido cuestionar a Jakobson con motivo de la extensión que le da al término “código”, el cual, aplicado a las lenguas naturales, no denota evidentemente, como lo hace en cibernética, un conjunto de reglas de correspondencias

1. La expresión debe entenderse aquí en un sentido relativamente amplio —más amplio en todo caso que en Lyons (1978, p. 33), que la define como una “transmisión *intencional* de informaciones, con la ayuda de un sistema de señales *preestablecido*”— y que puede desbordar el cuadro estrecho de lo que Mounin llama la “semiología de la comunicación” (frente a la “semiología de la significación”).

2. Cf. 1972, p. 25: “También el esquema elaborado por Jakobson y ampliamente difundido hoy como un resultado seguro de la lingüística aparece cada vez más como un modelo regresivo” —pero ¿en relación a qué?

No entraremos aquí en los detalles de una explicación de la génesis de este esquema (que adapta a la comunicación verbal algunos elementos de la teoría de la información), ni de una comparación con otros esquemas anteriormente propuestos (Bühler, Shannon y Weaver): sobre esto puede consultarse Eco, 1972, pp. 39-54.

estables y biunívocas entre significantes y significados. Siguiendo a Mounin, Ducrot ataca también, pero por otro camino, el término de "código" (1972 a pp. 2-3 y 4-5):

"Sucede a menudo que se restringe el sentido de la palabra 'comunicación' forzándola a designar un tipo particular de relación intersubjetiva: la transmisión de la información. Comunicar sería ante todo hacer saber, poner al interlocutor en posesión de conocimientos de los que no disponía antes."

Ahora bien, para Ducrot tal concepción es demasiado reductora, como lo demuestran los "filósofos de Oxford", quienes "estudian los actos de lenguaje como prometer, ordenar, interrogar, aconsejar, elogiar, etc. [...], considerándolos tan intrínsecamente lingüísticos como el acto de hacer saber". Conclusión:

"Se dejará, pues, de definir a la lengua, a la manera de Saussure, como un código, es decir, como un instrumento de comunicación. Se la considerará, en cambio, como un juego o, más exactamente, como dando las reglas de un juego, y de un juego que se confunde en gran parte con la existencia cotidiana."

No hay duda de que la idea es justa. Pero nos podemos preguntar por qué razón, si no es por un decreto terminológico arbitrario, Ducrot restringe de esa manera el sentido de "código" (puesto que las reglas que rigen el "juego" lingüístico también están "codificadas", y el de "comunicación": estas consideraciones, sin cuestionar en forma fundamental el modelo comunicacional, invitan simplemente a integrar en la competencia lingüística un componente pragmático y a admitir entre las significaciones susceptibles de inscribirse en el mensaje a los valores ilocutorios. En todo caso, nada hace pensar que para Jakobson (y el hecho mismo de que él admita al lado de la función referencial otras cinco funciones, y especialmente la función conativa, probaría más bien lo contrario) sean solamente *informaciones* las que se intercambian en el curso del acto comunicativo. Tampoco se dice explícitamente, si bien de una cierta manera está presupuesto (y sobre este punto volveremos dentro de poco) por su concepción del código, que para él los dos actantes de la enunciación "intercambian informaciones correctamente codificadas y unívocas a propósito de un objeto de referencia" (Kuentz, 1975, p. 25), informaciones que debido a ello "pasan" en su totalidad; y M. Halle tiene razón en protestar contra la actitud de aquellos que a la fórmula "una lengua es un instrumento de comunicación" le dan la interpretación extrapolada de "una lengua es un instrumento *perfecto* de comunicación", y al comprobar que no lo es expresan exactamente lo contrario en una fórmula más discutida aún:

"La lengua no es un medio de comunicación. Existen demasiadas ambigüedades, redundancias y rasgos específicos para ser un buen medio de comunicación'. Pero ¿quién pretende que sea un *buen* medio? ¿Cuál es ese paralogsimo que comprobando las "imperfecciones" evidentes de un hecho humano que tiene una historia y privilegiando, por las ne-

cesidades de su causa, las ambigüedades, de las que la comunicación puede hacer uso intencionalmente pero que puede también evitar, rechaza el hecho empírico que es el uso cotidiano de la lengua, y ello en nombre del ideal mítico del que ella hace mal en alejarse" (*Le Monde*, 7 de julio de 1973).

Por último, sucede a veces que a esta concepción del intercambio verbal se le reprocha ser ideológicamente sospechosa e influida por una cierta visión sobre la circulación de bienes semejantes a la que funciona en economía de mercado. Pero además de que nunca se dijo claramente si esta crítica se dirige a la comunicación lingüística misma y a su funcionamiento en un sistema económico determinado, o al modelo que intenta explicarla —y esta confusión de los niveles lingüísticos y metalingüísticos es frecuente entre aquéllos que pretenden desmitificar los modelos lingüísticos—, ella supone demasiado fácilmente que entre la infraestructura económica y la superestructura simbólica existen relaciones de analogía y de determinación inmediatas, concepción simplista que Stalin mismo denunció en 1950: fingir creer que, según el tipo de sociedad en que se inserta, habría comunicaciones de trueque, comunicaciones librecambistas, comunicaciones colectivas (?), etc., es recaer en las peores simplezas del "marrismo". El único problema es saber si esta concepción del intercambio verbal, que constituye efectivamente un "modelo de realidad" desfasado respecto del objeto empírico que pretende explicar (y fundamentalmente *inadecuado* a ese objeto) da de él, no obstante, una "esquematación" relativamente satisfactoria.

Por nuestra parte, creemos que la constatación que hacía Roland Barthes hablando de su propio status enunciativo en el "seminario", "Lo quiera o no, estoy colocado en un circuito de intercambio", vale también, si bien en menor grado, para la actividad escrituraria; y que todos los elementos que Jakobson considera como "factores inalienables de la comunicación verbal" lo son efectivamente, y en particular el emisor y el receptor, que si bien no son siempre identificables, participan siempre virtualmente del acto enunciativo: "La doble actividad de producción/reconocimiento instala las dos funciones de emisor y de receptor, complicadas por el hecho de que todo emisor es simultáneamente su propio receptor y todo receptor un emisor en potencia; es por esto que A. Culioli prefiere designarlos como enunciadores: '[. . .] los dos sujetos enunciadores son los términos primitivos sin los cuales no hay enunciación'" (C. Fuchs y P. Le Goffic, 1979, p. 132); la actividad del habla implica la comunicación y *la comunicación implica que algo pasa entre dos individuos*³ (que no obstante

3. En el caso del soliloquio, el emisor y el receptor están substancialmente confundidos, pero permanecen funcionalmente distintos. Además, "con respecto a esto, es notable que las sociedades repriman por la burla el soliloquio [. . .] Aquel que quiera expresarse sin temor a ser censurado deberá encontrar un público delante del cual representará la comedia del intercambio lingüístico (Martinet, citado por Flahault (1978, p. 24): emitir un mensaje sin destinatario es un comportamiento que se considera patológico (y el habla verbal se opone en este aspecto al canto, que puede muy "normalmente" ser una actividad solitaria).

nosotros preferimos diferenciar terminológicamente: emisor frente a receptor, hablante frente a oyente, locutor frente a alocutario, enunciador frente a enunciatario. . .)

1.2. CRITICA DE ESTE ESQUEMA

Dicho esto, podemos sin embargo reprochar a Jakobson no haber considerado suficientes elementos y no haber intentado hacer un esquema algo más complejo con el fin de que "el mapa" dé mejor cuenta del "territorio"⁴.

1.2.1. El código.

Dentro de este esquema, el "código" aparece formulado en singular y suspendido en el aire entre el emisor y el receptor. Lo cual plantea dos problemas y sugiere dos críticas:

(a) *Problema de la homogeneidad del código*

Es inexacto, ya lo hemos dicho, que los dos participantes de la comunicación, aún si pertenecen a la misma "comunidad lingüística", hablen exactamente la misma "lengua", y que su competencia se identifique con "el archiespañol" de un "archilocutor-alocutorio". ¿Qué amplitud pueden tener las divergencias existentes entre los dos (o más) idiolectos presentes? Respecto de este punto se dan dos actitudes rigurosamente antagónicas: por un lado, la de Jakobson, quien afirma (1963, p. 33):

"Cuando se habla a un interlocutor nuevo, siempre se trata, deliberada o involuntariamente, de descubrir un vocabulario común, sea para agrandar, sea simplemente para hacerse comprender, sea, en fin, para desbarbararse de él, se emplean los términos del destinatario. En el dominio del lenguaje, la propiedad privada no existe: todo está socializado [. . .]; al fin de cuentas, el idiolecto no es más que una ficción un tanto perversa"⁵:

Incluso en las prácticas glosolálicas, el hablante (que declara no comprenderse a sí mismo) postula en general la existencia de un destinatario divino (susceptible, él sí, de descifrar las producciones discursivas del glosolálico).

4. Alusión a este adagio que repite incansablemente Korzybski y que vale para todo tipo de producción discursiva: "El mapa no es el territorio."

5. El subrayado es nuestro. Observemos que en 1961, Jakobson (citado por Revzin, 1969, n. 17, p. 29) consideraba que "las tentativas de construir un modelo del lenguaje sin tomar en cuenta al hablante o al oyente" amenazan transformar el lenguaje en una "ficción escolástica": en diez años la ficción cambió completamente de campo . . . Palinodia notable y reveladora de esa "mutación" de la que hablábamos en el prólogo.

Semejante optimismo (el código común sería así el del destinatario, del cual se apropiaría el emisor miméticamente) deja de lado con demasiada facilidad las ambigüedades, las dudas y los fracasos de la comunicación. Otros, por el contrario, demasiado atentos a esos fracasos proponen un solipsismo radical, como lo hace Lewis Carroll cuando declara en el apéndice a la *Lógica simbólica*:

“Yo sostengo que es absolutamente el derecho de todo escritor atribuir el sentido que quiera a toda palabra o toda expresión que desee emplear. Si encuentro un autor que al comienzo de su libro declara: ‘Quede bien entendido que con la palabra ‘negro’ querré siempre decir ‘blanco’, y que con la palabra ‘blanco’ interpretaré siempre ‘negro’, aceptaré humildemente esa regla, aún cuando la juzgara, por cierto, carente de buen sentido.”⁶

Regla explícita y simple (de sustitución por antónimo), cuya aplicación permite sin demasiadas dificultades compensar lo arbitrario del decreto semántico. Pero nada de eso se da en Humpty Dumpty, cuyo idiolecto se propone ser irreducible:

“Cuando empleo una palabra [. . .], ésta significa lo que yo quiero que signifique, ni más ni menos”⁷.

Actitud provocativa, tiránica, jocosa y desesperada a la vez en la que se basa una conciencia aguda de los equívocos que Alicia sufre en el país de las maravillas. Nunca llegamos a hacernos comprender por los otros: que podamos, al menos, hacernos comprender por nosotros mismos.

Mounin condena en 1951, como reaccionaria y burguesa, esa actitud solipsista:

“Esos simples camaradas parisienses [. . .] sabían por instinto que, entre las propiedades de la lengua, se contaba, por una parte, su gran *estabilidad* y, por otra, su *unidad*, ambas necesarias para que la lengua siga siendo un medio de comunicación entre los hombres. En tanto que todas las manipulaciones formalistas que la burguesía decadente inflige a su lengua hacen de ella, según sus mismos teóricos —los Paulhan, los Blanchot, los Sartre⁸— un medio de soledad entre los hombres.”

Bourdieu (1975) estima, por el contrario, que el empleo de ese artificio teó-

6. Citado por Jean Gattégno en su introducción a *Logique sans peine* [“Lógica sin esfuerzo”] de Lewis Carroll, Hermann, 1966, p. 32.

7. *De l'autre côté du miroir* [“Del otro lado del espejo”], Marabout, 1963, p. 245.

8. Curiosamente, en esta declaración de Mounin (citada por D. Baggioni, 1977, p. 106), no acude Michel Leiris al llamado, no obstante ser quien da en el prefacio del *Glosario* la fórmula más radical de la tesis solipsista: “Una monstruosa aberración hace creer a los hombres que el lenguaje nació para facilitar sus relaciones mutuas. Es con esa meta de utilidad que redactan los diccionarios, donde las palabras se catalogan dotadas de un sentido bien definido (creen ellos), basado sobre la costumbre y la etimología. Ahora bien, la etimología es una ciencia completamente vana que no informa nada sobre el sentido *verdadero* de una palabra, es decir la *significación particular, personal, que cada uno debe asignarle, según complazca más a su espíritu.*”

rico que es la noción de “lengua común” desempeña un papel ideológico bien preciso: sirve para enmascarar bajo la apariencia euforizante de una armonía imaginaria la existencia de tensiones, enfrentamientos y opresiones muy reales; negar la existencia de esas tensiones y mecerse en “la ilusión del comunismo lingüístico”, significa de hecho un intento de conjurar, por el desvío del lenguaje, las diferencias sociales.

Vemos, pues, que las opiniones difieren, tanto respecto del fenómeno mismo como de su interpretación ideológica. Nos guardaremos muy bien de tomar posición sobre el segundo punto. En cuanto al primero, diremos prudentemente que la verdad está en el medio. Por un lado, para tomar el caso del componente léxico en el que se reúnen más masivamente las divergencias idiolectales, es, sin embargo, innegable que se establece un *cierto* consenso sobre las significaciones que hace posible una intercomprensión al menos *parcial* (y la formulación de los artículos de diccionario); y que las palabras tienen, en la lengua, un sentido, o más bien sentidos relativamente estables e intersubjetivos: “si ubicamos mil personas delante de mil sillas”, declara un poco imprudentemente B. Pottier (puesto que nosotros mismos hemos constatado algunas desviaciones denominativas respecto de esto, que son todavía más espectaculares cuando se trata de otros tipos de campos semánticos), “podemos obtener un millón de veces el término ‘silla’. En lingüística, esta coincidencia de subjetividad es lo que se llama objetividad.” Esta observación, en todo caso, señala el hecho de que los signos son “necesarios” al mismo tiempo que arbitrarios:⁹ aunque no haya ninguna razón “natural” para llamar a un gato “un gato”, los usuarios de la lengua española aceptan jugar el juego de las denominaciones, y la historia no nos depara ningún ejemplo de Humpty Dumpty (cuando Alicia, ante el enunciado de la “paradoja” antes citada, protesta, desconcertada, que “la cuestión es saber si *usted* puede hacer que las mismas palabras signifiquen tantas cosas diferentes”, Humpty Dumpty replica con soberbia: “La cuestión es saber quién es el amo, eso es todo”, fórmula que enuncia inmejorablemente el hecho de que en el intercambio verbal se juegan relaciones de poder y de que muy a menudo es el más fuerte quien impone al más débil su propio idiolecto. Sin embargo, esto no impide que nadie lleve nunca su dominio hasta pretender liberarse de la tiranía de las normas y de los usos y considerarse único deposti-

9. Defendiendo una tesis próxima a la de Humpty Dumpty, la *Lógica* de Port-Royal reconoce (p. 129) que la intercomunicación se funda sobre la “necesidad” de los signos: “A cada uno le es permitido servirse del sonido que le plazca para expresar sus ideas, con tal que lo haga saber. Pero como los hombres no son dueños más que de su lenguaje y no del de los otros, cada uno tiene derecho de hacer un diccionario para sí, pero no tiene derecho de hacerlo para otro, ni de explicar sus palabras por las significaciones que les habrán sido atribuidas. Es por eso que cuando no se tiene la intención de hacer conocer simplemente en qué sentido se toma una palabra, sino que se trata de explicar aquél en el cual es usada comúnmente, las definiciones que se dan no son de ninguna manera arbitrarias, sino que están ligadas y sujetas a representar, no la verdad de las cosas, sino la verdad del uso” (observemos que aquí “arbitrario” se opone a “necesario”, y no a “motivado” como en la tradición saussuriana).

tario legítimo del “buen” sentido). Es verdad, “toda palabra quiere decir lo que yo quiero que signifique”, pero al mismo tiempo “toda palabra quiere decir lo que quiere decir” (hay un intencio en la lengua). Hablar es precisamente procurar que coincidan esas dos intenciones significantes, esos dos “querer decir”.

Pero los dos enunciadore, aun si están dispuestos a conformarse al sentido-en-la-lengua, no tienen necesariamente de él la misma concepción. Por esta razón, después de haber admitido en primer lugar que la comunicación verbal autorizaba una *intercomprensión* parcial, a continuación debemos insistir sobre el hecho de que esa intercomprensión no puede ser sino *parcial*. Hay que tomar partido: la intercomunicación (los dialectólogos lo han mostrado hace mucho y lo que es verdad de las confrontaciones de dialectos lo es también, guardando las debidas proporciones, de las confrontaciones de idiolectos) es un fenómeno relativo y gradual. No hay ninguna razón para favorecer los casos de comunicación “lograda”¹⁰ y considerar como “rebabas” fenómenos tan frecuentes como los malentendidos, los contrasentidos,¹¹ los *quid pro quos*. Bien por el contrario, como lo afirman C. Fuchs y P. Le Goffic (1979, p. 133) siguiendo a Antoinette Culioli,

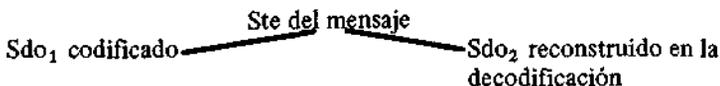
“la disimetría entre producción y reconocimiento, la falta de coincidencia entre los sistemas de los enunciadore obligan a colocar en el centro de la teoría lingüística fenómenos hasta ahora rechazados como ‘fallas’ de la comunicación”.

Desde un punto de vista metodológico ello quiere decir que esta “idealización teórica que implica el hecho de identificar la competencia del hablante con la del oyente” (postulado del “modelo neutro”) no es tan “legítima” como lo estima Lyons (1978, p. 71); y que, por el contrario, es preciso admitir que la comunicación (dual: no hablamos por el momento más que del caso más sencillo) se funda sobre la existencia, no de *un* código, sino de *dos* idiolectos; por consiguiente, el mensaje mismo se desdobra, al menos en lo que concierne a su significado. En efecto, si se define a la competencia como un conjunto de reglas que especifican “cómo los sentidos se aparean a los sonidos” (Chomsky) y si asumimos que esas reglas de correspondencia Ste-Sdo varían de un idiolecto a otro, y dado que el significante de un mensaje permanece invariable entre la

10. Estas expresiones connotan el ideal de una comunicación total y transparente (restitución integral en la decodificación de los significados). Pero, ¿por qué sería grave o lamentable que fuese de otra manera? Por el contrario, se puede aplicar a todos los lenguajes esta verdad que Barthes descubre durante una sesión del I.R.C.A.M. (cf. *Le Monde*, 2 de marzo 1978, p. 15): “Pensábamos tener que afrontar una dificultad, la de tener que aproximar lenguajes considerados diferentes, provenientes de competencias desiguales. Pero creo que lo que hemos afrontado es sólo nuestro miedo de sentirnos excluidos del lenguaje del otro: lo que hemos comprendido es que este miedo es en gran parte ilusorio: la separación de los lenguajes deja de ser fatal, a partir del momento en que no se le pide al habla que lleve a cabo toda la comunicación.”

11. Este concepto, así como el de “decodificación aberrante” (U. Eco) tiene, por supuesto, relación con el proyecto *significante* del emisor.

codificación y la decodificación, es preciso admitir que en el intervalo que separa ambas operaciones el sentido sufre muchos avatares:



No es verdad, pues, como parece decirlo Jakobson (siempre según Fuchs y Le Goffic) que el mensaje pase en su totalidad “de mano en mano sin sufrir alteraciones en la operación”.

(b) *Problema de la exterioridad del código*

Aun cuando la modalidad de existencia del código en la conciencia de los enunciadorez sigue siendo misteriosa, es seguro —y la presentación chomskyana mejora en este punto la de Saussure y la de Jakobson— que sólo funciona como “competencia implícita” de un sujeto (conjunto de aptitudes que éste ha internalizado).

Habiéndose así multiplicado por dos el constituyente “código” los generadores individuales que se obtienen deben insertarse uno en la esfera del emisor y el otro en la del receptor. Se podría incluso considerar que cada uno de los dos idiolectos incluye dos aspectos: competencia desde el punto de vista de la producción frente a competencia desde el punto de vista de la interpretación¹² (con la primera incluida en la segunda ya que nuestras aptitudes de codificación son más restringidas que nuestras aptitudes de decodificación¹³), pero es necesario especificar que la primera es la que figura en la esfera del emisor, en tanto que la segunda lo hace en la del receptor (el mismo sujeto hace funcionar una u otra de sus dos competencias según su papel enunciativo). Pero nosotros preferimos la siguiente presentación: llamaremos “competencia de un sujeto” a la suma de todas sus posibilidades lingüísticas, al espectro completo de lo que es susceptible de producir y de interpretar. Esta competencia, concebida muy extensivamente, se encuentra restringida en el caso en el cual el sujeto, cuando funciona la comunicación, se encuentra en posición de codificador, y también por la acción de diversos filtros.¹⁴

12. Que a veces se llaman “competencia activa” frente a “pasiva” —pero la expresión es bastante desafortunada, pues la operación de decodificación está lejos de reducirse al registro puro y simple de significaciones evidentes (éstas, por el contrario, son *reconstruidas* al término de un *trabajo* sobre el significante).

13. Así, “Koko el gorila” posee activamente 300 palabras; pero pasivamente 200 o 300 más.

14. Por ejemplo, supongamos el caso de un sujeto que maneje una lengua extranjera más fácilmente en el laboratorio que en la vida real. Llamaremos “competencia” lingüística de ese sujeto a su competencia de laboratorio y diremos que la situación de comunicación normal funciona como un filtro que limita sus aptitudes lingüísticas.

1.2.2. El universo del discurso

Es inexacto, en efecto, representarse al emisor como alguien que para confeccionar su mensaje elige libremente tal o cual ítem léxico, tal o cual estructura sintáctica, tomándolos del stock de sus aptitudes lingüísticas y abreva en este inmenso depósito sin otra restricción que "lo que tiene que decir". Aparecen limitaciones suplementarias que funcionan como otros tantos filtros que restringen las posibilidades de elección (y orientan simétricamente la actividad de decodificación); filtros que dependen de dos tipos de factores:

- (1) las condiciones concretas de la comunicación;
- (2) los caracteres temáticos y retóricos del discurso, es decir, *grosso modo*, las restricciones de "género".

Por ejemplo: para analizar el discurso de un profesor de lingüística hay que tener en cuenta:

- (1) la naturaleza particular del locutor (donde entran en juego numerosos parámetros); la naturaleza de los alocutarios (su número, su edad, su "nivel"; su comportamiento); la organización material, política y social del espacio en que se instala la relación didáctica, etc;
- (2) el hecho de que se trata de un discurso que obedece a las siguientes restricciones: discurso didáctico (restricción de género) que se refiere al lenguaje (restricción temática).

Del mismo modo, para analizar las producciones infantiles es necesario considerar:

- (1) si se trata de enunciados orales o escritos, monologados o dialogados, emitidos en situación escolar o no, etc.;
- (2) si se trata de enunciados narrativos, descriptivos, poéticos (naturaleza de la consigna estilístico-temática).

Llamaremos "universo del discurso" al siguiente conjunto:

- (1) (situación de comunicación); (2) (limitaciones estilístico-temáticas).

Finalmente proponemos, con respecto al modelo de Jakobson, las dos mejoras o, más modestamente, los dos principios siguientes de enriquecimiento:

1.2.3. Las competencias no lingüísticas

A las competencias estrictamente lingüísticas (y paralingüísticas), en las dos esferas del emisor y del receptor, agregamos:

— sus determinaciones psicológicas y psicoanalíticas, que desempeñan evidentemente un papel importante en las operaciones de codificación/decodificación, pero de las cuales hablaremos poco por falta de competencia en la materia (el funcionamiento de los deícticos nos dará sin embargo un ejemplo de la incidencia del factor "Psi"¹⁵ sobre las opciones lingüísticas);

15. Este morfema (obtenido por la intersección de sus significantes) funciona como un archilexema que neutraliza cómodamente (intersección correlativa de los significados) la oposición semántica existente entre psicológico/psicoanalítico/psiquiátrico . . .

— sus competencias culturales (o “enciclopédicas”, el conjunto de los conocimientos implícitos que poseen sobre el mundo) e ideológicas (el conjunto de los sistemas de interpretación y de evaluación del universo referencial) que mantienen con la competencia lingüística relaciones tan estrechas como oscuras y cuya especificidad contribuye todavía más a acentuar las divergencias idiolectales.

1.2.4. Los modelos de producción y de interpretación

Los modelos de competencia lingüística explicitan el conjunto de conocimientos sobre su lengua que tienen los sujetos; pero cuando esos conocimientos se movilizan con vistas a un acto enunciativo efectivo, los sujetos emisor y receptor hacen funcionar reglas generales que rigen los procesos de codificación y decodificación y cuyo conjunto, una vez explicitado (lo que todavía dista de ser el caso), constituiría los “modelos de producción y de interpretación”. Admitimos provisoriamente la hipótesis de que, a diferencia del modelo de competencia lingüística, esos modelos son comunes a todos los sujetos hablantes, vale decir que todos utilizan los mismos procedimientos cuando emiten/reciben los mensajes (procedimientos que incluso serían, según J. Pohl, universales y pancrónicos). Mencionemos además, entre esos dos tipos de modelos, las siguientes diferencias:

— En el modelo de competencia, el orden de las reglas no es en principio relevante;¹⁶ por el contrario, en los modelos de producción/interpretación ese orden desempeña un papel primordial, puesto que se trata de describir procesos genéticos efectivos y efectivamente ordenados en el tiempo.

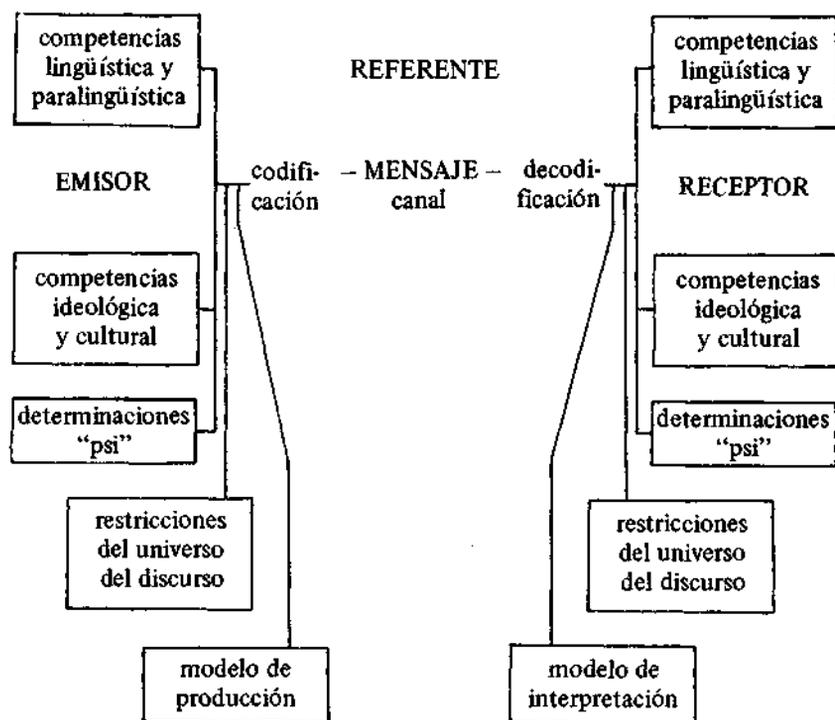
— Los modelos de producción/interpretación se apoyan sobre el modelo de competencia y su propósito es hacerlo funcionar. Pero todos los hechos que son pertinentes en la competencia no son recuperados de la misma manera por aquellos dos modelos. Por ejemplo, en tanto todos los sujetos poseen una “competencia sinonímica” y una “competencia polisémica” (conciencia de la existencia de esos fenómenos y conocimiento de los casos en los que aparecen), el problema de la sinonimia (opción en la búsqueda onomasiológica) es esencialmente de naturaleza “productiva”, en tanto que el problema de la polisemia (opción en la búsqueda semasiológica) es esencialmente de naturaleza interpretativa.

— A la inversa, otros factores, distintos de la competencia lingüística, entran en juego en la constitución de los modelos de producción/interpretación: competencia cultural e ideológica, datos situacionales, etc.

¹⁶ Se sabe que es sobre esto que Chomsky funda su argumentación tendiente a probar que la semántica generativa no es más que una “variante notacional” del modelo standard.

1.3. REFORMULACION DEL ESQUEMA DE LA COMUNICACION

Presentamos a continuación, tras estos comentarios anticipados, la reformulación del esquema de Jakobson que aquí proponemos:¹⁷



Observaciones:

(a) Nos parece imposible dissociar las competencias lingüística y paralingüística (mímica y gestos) en la medida en que, por lo menos oralmente, la comunicación es "multicanal": para transmitir las significaciones, los apoyos fonemáticos y paralingüísticos —que, por lo demás se intersectan a nivel de los hechos prosódicos— se prestan mutuamente su concurso. En un estudio que tiene el mérito de partir de la observación de hechos concretos (y en particular de perturbaciones patológicas), consagrado al funcionamiento del circuito de la comunicación, A. Borrell y J. L. Nespoulous comprueban que hablar es, en primer lugar,

17. Esta presentación incluye la "competencia ideológica" de Slakta y las diferentes "bases" (ideológica, lingüística, analítica, textual) de D. Mالدیدیر, C. Normand y R. Robin, 1972.

“proceder a la selección de las diversas categorías de apoyos formales de la comunicación (lengua, gesto, mímica . . .). Esta operación no se propone favorecer uno de los sistemas semióticos en detrimento de los otros; por el contrario, nos parecen posibles distintas disposiciones. Es por ello que observamos a veces la co-ocurrencia de los diferentes sistemas en el marco del discurso. Ej.: Mensaje lingüístico + Gesto + Mímica. En otros casos, esos elementos aparecerán alternativamente, tomando esta vez un gesto el lugar de una palabra o de un sintagma” (1975, p. 103).

La importancia de los comportamientos paraverbales se manifiesta, entre otros, en el hecho de que es la dirección de la mirada del hablante¹⁸ lo que define prioritariamente al oyente en la comunicación oral y aún de manera más decisiva que el empleo del “tú” lingüístico, pues los pronombres personales pueden dar lugar a usos “desfasados” (es el problema de los “tropos” particulares que consideraremos más adelante bajo el término de “enálages”). Cuando a una persona presente en la situación de comunicación se la denota mediante un pronombre de tercera persona, llegamos, en efecto, a la conclusión.

— de que esa persona está excluida de la relación de alocución, si la mirada del hablante no se dirige hacia ella;

— de que esa persona tiene efectivamente el papel de oyente, en el caso contrario (la tercera persona se explica entonces como un “tropo”, que aparece en los enunciados “hipocorísticos” del tipo “¡Qué elegante que está mi chiquita hoy! . . .”).

(b) Llamamos “universo del discurso” a algo extremadamente complejo y heterogéneo, que abarca:

— Los datos situacionales, y en particular la naturaleza escrita u oral del canal de transmisión, y la organización del espacio comunicacional, objeto de la reflexión “proxémica” (Hall, Moscovici). Conviene precisar que todos estos datos no son pertinentes más que bajo la forma de “imágenes”, de representaciones, que los sujetos enunciadores construyen a partir de ellos, y que es necesario en particular admitir en su competencia cultural las imágenes (I) que el emisor (A) y el receptor (B) se forman de ellos mismos y de su interlocutor, es decir, los cuatro elementos que Michel Pécheux (1969) simboliza de la siguiente manera:

I_A (A) (Imagen de A para A): “¿quién soy yo para hablarle así?”

I_A (B) (Imagen de B para A): “¿Quién es él para que yo le hable así?”

I_B (B): “¿quién soy yo para que él me hable así?”

I_B (A): “¿quién es él para que él me hable así?”

18. Sobre las reglas que rigen el “contacto ocular” (*eye-contact*), véanse los trabajos de Hall y de Schegloff.

— Las restricciones temático-retóricas que pesan sobre el mensaje que se va a producir.¹⁹

Estos diferentes factores, tal como lo muestra Philippe Hamon (1974, p. 119), tienen un carácter relativamente²⁰ restrictivo, carácter que, dice él,

“los niños [. . .] conciben muy pronto, cuando se dan cuenta de que su construcción de un mensaje está mediatizada (filtrada, predeterminada) por una serie de imágenes implícitas o explícitas que ellos se forman, retomando el esquema hexafuncional de Jakobson,

de ellos mismos;
de su discurso
del soporte de su discurso;
de la lengua que utilizan;
del destinatario;
de la realidad social y física.

Estas imágenes pueden estar además, más o menos desmultiplicadas: yo escribo en función de la imagen que mi público se hace de mí mismo —problema de la “imagen de marca” del escritor, que funciona igualmente como una *norma restrictiva* [. . .] A cada imagen corresponderá una *serie de restricciones o de servidumbres (de normas)* que orientarán el trabajo del emisor”.

1.4. (AUTO)CRITICAS

Nos parece que nuestro modelo de la comunicación verbal, al darle un lugar a las otras competencias a las cuales se incorpora la competencia lingüística, y a los diferentes factores que mediatizan la relación lengua/habla y permiten la conversión de una en otra, hace ciertos arreglos positivos al modelo de Jakobson. Pero aún no es más que un esquema —demasiado esquemático y demasiado estático.

1.4.1. Las propiedades de la comunicación verbal

Esta presentación no muestra ciertas propiedades características de la comu-

19. Es decir que este componente da cuenta a la vez de lo que Todorov (1973, p. 135) llama restricciones “enunciativas” y “discursivas”, por oposición a las restricciones estrictamente lingüísticas.

20. Relativamente, pues las restricciones situacionales permiten, sin embargo, en español un “juego” bastante fluido, a diferencia de la lengua Dyirbal hablada en North Queensland, de la cual Dixon (1971, p. 437) nos enseña que comprende dos variantes con vocabularios totalmente diferentes: el Guwal, habla cotidiana no marcada, y el Dyalnuy, lengua especial usada *obligatoriamente* en presencia de ciertos parientes “tabú”: “*The use of one language or the other was entirely determined by whether or not someone in proscribed relation to the speaker was present or nearby; there was never any choice involved.*” [“Lo que determinaba enteramente el uso de una lengua o la otra, era el hecho de que alguien, en relación prohibida con el hablante, estuviese o no presente o próximo; una elección no era posible nunca”].

nicación verbal (y que permiten oponerla a otros tipos de comunicaciones semióticas),²¹ a saber:

— la reflexividad: el emisor del mensaje es al mismo tiempo su primer receptor;²²

— la simetría: el mensaje verbal pide generalmente una respuesta, es decir que todo receptor funciona al mismo tiempo como un emisor en potencia (esta propiedad se aplica sobre todo a los mensajes orales, si bien algunos de ellos excluyen el derecho de respuesta: ciertos tipos de discurso profesoral,²³ el discurso teatral— el público puede por cierto “responder” mediante ciertos comportamientos verbales o mímico-gestuales, pero la simetría implica que la respuesta se efectúe *con la ayuda del mismo código*;²⁴ inversamente, la comunicación epistolar, aunque de naturaleza escrita, autoriza y solicita una respuesta diferida).

Observación: Nuestro esquema supone que cuando uno habla el otro escucha en silencio y viceversa, es decir que los dos enunciadores desempeñan alternativamente los papeles de emisor y de receptor. Esta simplificación abusiva (pues ocurre frecuentemente que los diversos participantes de una conversación “hablen todos a la vez”) es en rigor aceptable en lo que concierne a los comportamientos verbales propiamente dichos en los que tal situación suele ser la más normal.²⁵ Pero es en cambio inadmisible cuando se trata de comporta-

21. Por ejemplo, la comunicación entre abejas no es ni simétrica, ni transitiva, ni reflexiva (?); lo mismo ocurre con los mensajes que se leen en los carteles de señalización de las rutas: un cartel no se habla a sí mismo, y el receptor no responde al emisor mediante el mismo código.

22. Es incluso el más importante para A. Tomatis, quien repite y demuestra en *L'Oreille et le langage* ["El oído y el lenguaje"] que “hablar es ante todo escucharse hablar”.

23. Es interesante constatar que, aplicada a un alumno, la fórmula “contesta” arroja sobre él el descrédito y connota insolencia: ciertamente hay muchas maneras de “contestar”, pero la polisemia de la expresión atestigua el hecho de que, fundamentalmente, la comunicación didáctica se concibe como obligatoriamente asimétrica.

El hombre, en efecto está constituido de tal manera que está “por naturaleza” más dotado para la escucha muda que para ponerse a hablar. Zenón de Eleas nos lo demuestra de manera irrefutable: “La naturaleza nos ha dado una lengua y dos orejas para que escuchemos más y hablemos menos”.

24. Es, por cierto, el caso del *happening*, que corresponde precisamente a la preocupación por hacer simétrica la comunicación teatral.

25. Durante una emisión de *Apostrophes* ["Apóstrofes", ciclo de la T.V. francesa], consagrada al problema de la “modernidad” en literatura (8 de diciembre de 1978), como la confusión de las voces trababa el debate por su “ruido” excesivo, Bernard Pivot restableció el orden mediante esta oportuna ocurrencia (lo citamos en forma aproximada): “Escuchen, sé bien que en la literatura moderna hay a menudo varias voces mezcladas, no se sabe bien quién habla y eso, por otra parte, no tiene ninguna importancia, pero en la televisión estamos todavía en la edad clásica, hay uno que habla y los otros que escuchan . . .”

mientos paraverbales, pues los usos conversacionales requieren, por el contrario, que mientras que H habla, O reaccione en forma mímica y gestual (mímica de aprobación, mueca escéptica, etc.), reacciones cuya ausencia total y prolongada acaba por inhibir completamente el discurso de H. Para dar cuenta de ese funcionamiento, el esquema debería, pues, afinarse de la siguiente manera:

- del lado del emisor, entran en funcionamiento:
 - su competencia verbal de codificación;
 - su competencia paraverbal de codificación y decodificación (de los comportamientos "activos" del receptor);
- del lado del receptor:
 - su competencia verbal de decodificación ("pasiva")
 - su competencia paraverbal de decodificación y ciertos elementos de su competencia de codificación (unidades de función "fática");

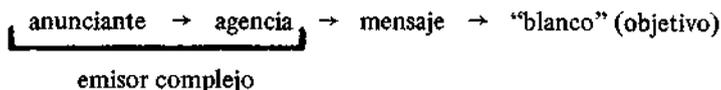
— la transitividad: consiste en que si un emisor x transmite a un receptor y una información i , y tiene la posibilidad de transmitir a su vez i a z , sin haber experimentado él mismo la validez de i . Esta propiedad fundamental permite al lenguaje humano (a diferencia, por ejemplo, del de las abejas) funcionar como el instrumento privilegiado de la transmisión del saber.

1.4.2. La complejidad de las instancias emisora y receptora

Por otra parte, esta presentación sólo da cuenta del caso más simple, y finalmente el más raro, de la comunicación: el de la comunicación dual ("cara a cara"). Ahora bien, sin hablar siquiera del caso espinoso del discurso literario, en el cual las instancias emisora y receptora se encuentran desdobladas (autor/narrador, por una parte; lector/narratorio, por otra), numerosos casos de comunicación "corriente" se desvían de este esquema canónico, y sería urgente establecer una tipología de las situaciones de alocución que tome en cuenta el número y el status de los miembros del intercambio verbal:

(a) En la fase de emisión, se pueden encontrar superpuestos muchos niveles de enunciación (problemas del discurso referido, de la transcodificación,²⁶ etc.), y Jakobson mismo es bien consciente de ello, al declarar a propósito de un "Fragmento de conversación" escuchado en el tren: "Hay una cadena de emisores y de receptores, tanto reales como ficticios, de los cuales la mayor parte tiene una simple función de relevo y se contenta con citar (en gran parte voluntariamente) un solo y único mensaje que (al menos para un cierto número de ellos) es conocido desde hace tiempo" (1973, p. 206). Así, cuando un anunciante encarga a una agencia una campaña publicitaria, el esquema de la comunicación se complejiza de la siguiente manera:

26. Sobre este problema ver J. Pohl (1968, p. 50), quien propone una clasificación de los diferentes tipos de "intermediarios humanos": mensajero, escribano público, secretario, telegrafista, intérprete, traductor, divulgador, etc.

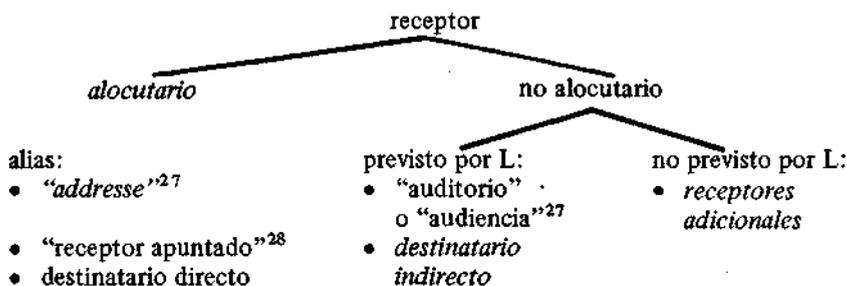


(la agencia misma comprende diferentes roles emisores: jefe de publicidad, redactor creativo, fotógrafo, diagramador . . .).

Otro ejemplo: también la comunicación teatral obliga a admitir la existencia de una *cadena de emisores*, en la que el emisor original (el autor) es *reemplazado* por una serie de emisores “interpretantes” (director, decorador, luminotécnico, actores . . .).

(b) En cuanto a la categoría del receptor conviene también afinarla, haciendo intervenir un cierto número de ejes distintivos.

(1) Introduciremos primero la siguiente distinción:



— El destinatario propiamente dicho, o *alocutario* (que puede ser singular o plural, nominal o anónimo, real o ficticio), se define por el hecho de que es explícitamente considerado por el emisor L (lo que atestigua el empleo del pronombre de segunda persona y/o la dirección de la mirada) como su compañero en la relación de alocución. Por lo tanto, las operaciones de codificación están parcialmente determinadas por la imagen de ellas que se construye L.

27. En Fillmore (“*Deixis I*”, p. 3) se encuentra esta oposición de “*adresse*” frente a “*audiencia*”, definiéndose esta última como “persona que puede considerarse parte del grupo conversacional pero que no es miembro del par. *Speaker/adresse*”.

28. Es la expresión que utiliza Lyons (1978, p. 34).

— El emisor puede preocuparse, además, por la presencia en el circuito de la comunicación de *destinatarios indirectos* que, sin estar integrados en la relación de alocución propiamente dicha, funcionan como “testigos” del intercambio verbal e influyen a veces en él de manera decisiva (ejemplos de chistes, discursos polémicos, defensas de tesis, etc.).

— Es necesario, finalmente, admitir para todo mensaje la existencia de receptores *adicionales* y aleatorios, cuya naturaleza el emisor no podrá prever ni tampoco, en consecuencia, la interpretación que darán al mensaje producido. Es así que una carta puede caer en otras manos que las de su destinatario intencional, o que un curso puede ser escuchado en el vano de una puerta por alguien que pasa; sobre ello el emisor no tiene posibilidades de actuar para controlar la manera en que “pasa” su mensaje.

(2) Para cada una de esas tres categorías de receptores, es extremadamente variable el número de elementos que pueden comprender y, en consecuencia, varían las propiedades internas del mensaje.

(3) Los destinatarios directos e indirectos pueden estar físicamente presentes en la situación de comunicación o bien estar ausentes²⁹ (estando por definición excluidos de esta situación los receptores adicionales).

(4) Pueden tener o no la posibilidad de responder (comunicación simétrica/unilateral), y este eje (que domina a otro: la respuesta puede ser inmediata o diferida, como en el intercambio epistolar) no se superpone con el precedente, de ahí la posibilidad de fundar sobre los ejes (3) y (4) cuatro clases de receptores:

- presente + “locuente”³⁰ (intercambio oral cotidiano);
- presente + no-locuente (conferencia magistral);
- ausente + locuente (comunicación telefónica);
- ausente + no-locuente (en la mayoría de las comunicaciones escritas).

(5) En ciertos casos complejos de comunicación, los destinatarios se clasifican en varios “estratos” de recepción que no tienen el mismo status enunciativo, es decir que este eje precisa e ilustra las distinciones introducidas en (1).

Véanse algunos ejemplos:

- En el transcurso de entrevistas radiofónicas a personalidades políticas o

29. Es por esto que es importante no confundir (1) *la situación de comunicación* con (2) *la relación de alocución*:

- el alocutario forma parte por definición de (2), pero no necesariamente de (1) (comunicación escrita o telefónica);
- inversamente, el no-interlocutor (*délocuté*) excluido de (2), puede ser incluido en (1).

30. Tomamos este término de M. Maillard, 1974.

científicas, se constata que los apelativos puntúan el discurso con una frecuencia inusitada. Es que, además de sus funciones conativa y fática corrientes, sirven para informar a los oyentes, cuyo conjunto no cesa de renovarse en el curso de la emisión, de la identidad del entrevistado. No se puede, pues, describir adecuadamente el funcionamiento de esos términos, que acumulan las funciones apelativa y designativa, si no se tiene en cuenta la superposición de dos niveles distintos y heterogéneos de alocución.

— En la comunicación teatral, el actor dialoga con otros actores, presentes en la escena y capaces de responder, y también, en otro nivel, con el público igualmente presente,³¹ pero en la sombra y en silencio; y puede, según los casos, privilegiar la relación intra-escénica, o la relación con la concurrencia.

Llamemos n_a y n_p respectivamente a los dos niveles de recepción. Si se acepta la oposición terminológica que propone P. Lavorel (1973- pp. 146-147), y se admite que el “monólogo” cómico y melodramático se efectúa, a espaldas del locutor, con la presencia en el escenario de un receptor indiscreto, mientras que en el “soliloquio” trágico el actor no tiene otro receptor más que el público, se puede describir así el funcionamiento enunciativo de esas dos categorías retóricas:

- existencia en los dos casos del nivel n_p ;
- en cuanto a n_a , se trata de un conjunto vacío en el caso del soliloquio y consistente en uno o muchos “receptor(es)adicional(es)” en el caso del monólogo.

Notemos que:

- Fuera de esos dos casos, toda tirada admite en n_a uno (o varios) destinatarios(s) directo(s), duplicado(s) eventualmente por destinatarios indirectos.
- El nivel n_p puede asimilarse a la categoría de los destinatarios indirectos (que se convierten en directos en el caso de dirigirse al público).
- Cuando en el teatro un actor habla con alguien que se supone está entre bastidores (existencia, pues, en n_a de un destinatario directo, pero ausente del espacio escénico), vale decir que habla sin que parezca dirigirse precisamente a nadie, nos encontramos ante la ausencia de destinatario directo, pero ante la presencia de destinatarios indirectos.

31. El discurso fílmico se opone desde este punto de vista a la comunicación teatral, y es por eso que las interpelaciones al espectador (que se encuentran, por ejemplo, en *Pierrot le Fou* [“Pierrot el loco”] de Godard) están ahí más claramente “marcadas”.

Observación anexa: en una secuencia de esta obra, Marianne y Ferdinand-Pierrot, sentados juntos en el asiento delantero de un auto, dialogan amorosamente:

- “ — Pongo la mano sobre tu rodilla.
- Yo también Marianne.
- Te beso todo . . .” (pero no hacen nada).

Y ese tropo de comportamiento produce un efecto más violento que el “un beso” convencional de la comunicación telefónica: la diferencia reside, con toda seguridad, en el status del destinatario (presente/ausente → posibilidad/imposibilidad de pasar al acto).

— Analizando en una revista femenina el dispositivo enunciativo en el que se inscribe el correo de lectoras, Chabrol observa (1971, p. 100), sin explicitar lamentablemente las modalidades de su inscripción en el enunciado, que en realidad Marcelle Ségál se dirige a la “lectora ideal” más que a una corresponsal particular:

“La lectora ‘ideal’ está inscrita en el discurso. Ese rasgo explica el carácter ‘sesgado’ de las respuestas de Ségál. No es a la corresponsal a quien le habla, sino a la lectora ideal. La corresponsal se convierte en la tercera persona de ese diálogo”.

— Último ejemplo de la pluralidad posible de los niveles de recepción: *La Couleur orange* [“El color naranja”], novela de Alain Gerber (Laffont, 1975) está dedicada a una cierta María José, a la que se interpela desde la primera frase (“Lo que yo amaba era, sabés, el color naranja”). Pero sin duda Gerber espera otros lectores fuera de ese interlocutor privilegiado: conviene, pues, también aquí, tener en cuenta, en la descripción del dispositivo alocutorio que encuadra este texto, dos niveles heterogéneos de receptores.

Observación: Sucede a veces (y esto es particularmente claro en el ejemplo de Marcelle Ségál, y es un recurso cómico sumamente explotado por Molière) que la jerarquía efectiva de los niveles de recepción se invierte en relación con la jerarquía esperada, es decir que aquél que se inscribe literalmente en el enunciado como su destinatario indirecto funciona de hecho como el verdadero alocutorio: en este caso se puede hablar de *tropo comunicacional*.

(6) El receptor puede también ser real, virtual o ficticio —se convierte en ficticio gracias al subterfugio que consiste en prestar al lector *virtual* las apariencias y los poderes exclusivos de un ser *real*, como el don de la palabra. Cuando Diderot supone objeciones, cansancio, incertidumbre, de parte del lector (“Yo lo entiendo a usted, ya tiene bastante, y su consejo sería el de reunirnos con nuestros dos viajeros”) le conserva su status real de ser virtual. Pero desde el momento en que toma la palabra (“Mientras que le contaba esta historia, que usted toma por un cuento . . . — ¿Y la del hombre de librea que tocaba el contrabajo? —Lector, yo te lo prometo”),³² el lector, accediendo a la existencia se encuentra al mismo tiempo arrojado a la ficción. Más allá de ciertos límites la inscripción del otro en el enunciado del “yo” cae en una irrealidad perfectamente asumida, por otra parte, por Diderot, según S. Lecoindre y J. Le Galliot.

(7) En la definición del receptor conviene, por fin, hacer intervenir la relación social y afectiva que mantiene con el locutor. Esta relación se define a partir de diferentes parámetros (según el grado de intimidad que exista entre los dos miembros del intercambio verbal, la naturaleza de las relaciones jerárquicas

32. Extractos de *Jacques Le Fataliste (Ouvres de Diderot, Gallimard, 1951, pp. 528 y 544)* citados por S. Lecoindre y J. Le Galliot, 1972.

que eventualmente los separen y la del contrato social que los una), pero se reducirá según Delphine Perret (1968) a un archi-eje gradual.

distancia/no distancia

que subsumiría a la vez el eje de la intimidad y el de la dominación social (y que interviene, por ejemplo, de manera determinante en la utilización de los pronombres "usted" frente a "tú" o "vos").

1.4.3. Las interacciones que se dan entre estos diversos componentes

Pero el inconveniente esencial de nuestro esquema es que no ubica, en sus respectivas casillas, más que *términos* (en los dos sentidos de esta palabra):

(a) No son más que palabras a las que se trata de dar un contenido referencial preciso. ¿Qué realidad abarcan exactamente esas etiquetas descriptivas? El único elemento que hasta el momento ha sido objeto de investigaciones detenidas es la competencia lingüística (concebida, por otra parte, en forma bien restrictiva). En cuanto a los otros componentes de la comunicación, siguen siendo tierras desconocidas o casi desconocidas.

(b) Son términos de relaciones: los diferentes elementos de este modelo están yuxtapuestos los unos a los otros y fijados en el lugar que se les ha destinado, como si entre ellos no existiera ningún problema de definición de límites ni ninguna clase de interacción. Algunos ejemplos mostrarán que la situación es otra:

(1) En este esquema el emisor y el receptor se enfrentan y sus "esferas" respectivas son como dos burbujas impermeables que se cuidan bien de intersectarse. Ya hemos introducido algunas correcciones a esta presentación diciendo que todo receptor es al mismo tiempo un emisor en potencia, y que en la competencia cultural de los dos miembros de la comunicación es necesario incorporar la imagen que se forman de ellos mismos, que se hacen del otro y la que se imaginan que el otro se hace de ellos: no se habla a un destinatario real, sino a aquello que se cree saber de él, mientras que el destinatario decodifica el mensaje en función de lo que él cree saber del emisor.

Pero estas reservas son aún demasiado débiles. Pues los dos interlocutores no se contentan con tomar por turno la palabra, teniendo en cuenta las imágenes que se han formado de una vez para siempre el uno del otro: hay una modificación recíproca de los protagonistas del discurso a medida que se desarrolla lo que ciertos teóricos como Watzlawick denominan justamente una "interacción". Por otra parte, aún cuando sus competencias no sean tan perfectamente idénticas como lo supone Jakobson, presentarlas como totalmente disyuntas es caer en el exceso inverso: se interseccionan tanto más cuanto que tienden a adaptarse una a la otra en el curso del intercambio verbal, cada una modelando, es cierto que en proporciones extremadamente variables, su propio código sobre el que, según presume, posee el otro. Por otra parte, algunos generativistas lo reconocen y tratan de ajustar la concepción standard del "hablante-oyente

ideal" postulando la existencia de una "competencia comunicacional" (Lakoff: conciencia de la existencia de ciertas variaciones "lectales"), o incluso de una "metacompetencia" (Wunderlich, 1972, p. 47):

"Forma igualmente parte de la competencia lingüística una especie de metacompetencia, es decir, la capacidad de reorganizar una gramática ya interiorizada, de modificar las reglas existentes de producción de oraciones y de percepción lingüística, de admitir nuevos elementos en el léxico, etc. Esto se produce cada vez que un oyente [convendría agregar: . . . ' y que un emisor?'] acepta la competencia lingüística diferente de uno de sus interlocutores en la comunicación y trata de asimilarla."

Cualquiera sea el lugar que uno le conceda en el modelo a este fenómeno (y el uso de los deícticos nos proporcionará el ejemplo) es de todos modos seguro que todo acto de habla exige un cierto gasto de energía para "colocarse en el lugar del otro" (gasto que en general, como nos lo demuestra también el funcionamiento de los deícticos, es considerablemente mayor para el receptor que para el emisor), y que

"la comunicación se basa en este ajuste más o menos logrado, más o menos anhelado, de los sistemas de referencia de los dos enunciadores"³³ (A. Culioli, 1973, p. 87).

(2) El problema de la competencia ideológica será retomado más adelante. Pero digamos desde ya que la ideología, aunque constituya un sistema de contenidos autónomo y susceptible de manifestarse en toda clase de comportamientos semiológicos, inviste en todas partes y en forma preferencial los contenidos lingüísticos, y que el límite entre las dos competencias, que hemos representado por una línea llena, es en realidad "porosa".

(3) El status del referente es igualmente complejo. Por una parte, es exterior al mensaje y envuelve a la comunicación. Pero al mismo tiempo se inserta allí en la medida en que una parte de ese referente está concretamente presente y es perceptible en el espacio comunicacional, y esto es en general lo que se entiende por situación de discurso. Se inserta también en la medida en que otra parte del referente, que puede coincidir parcialmente, en el "discurso de situación", con la precedente, se convierte en contenido del mensaje. Finalmente se refleja en la "competencia ideológica y cultural" de los sujetos, es decir,

33. La película de Jean Schmidt *Comme les anges déchus de la planète Saint-Michel* [Como los ángeles caídos del planeta San Miguel'] (documental sobre los "orilleros" y otros subproletarios urbanos) nos proporciona un ejemplo, en la persona del "educador" que, bajo pena de quedar incomprendido ("y la lucha que han realizado juntos, ¿no ha modificado la imagen que te hacías de los inmigrantes?" - "¿la que?, ¿la imagen??"), toca permanentemente sobre un dobie teclado y se cree obligado a traducir en el lenguaje del otro las fórmulas que le vienen espontáneamente a los labios (lo que, por ejemplo, produce: "El problema es que ustedes están completamente fuera de los circuitos de producción- bueno, que no laboran, eh").

en el conjunto de conocimientos que poseen y de representaciones que se han construido de él. Su lugar de inserción es pues múltiple.

(4) El canal es ante todo el soporte de los significantes, soportes éstos a su vez de las significaciones. Pero al mismo tiempo funciona como un filtro suplementario puesto que la naturaleza del canal no carece de incidencia sobre las elecciones lingüísticas. Es un hecho bien sabido que en publicidad la naturaleza del "mensaje" varía con la del "soporte".³⁴

(5) En cuanto al "universo del discurso", integra a la vez, ya lo hemos dicho, los datos situacionales y las restricciones de género. Ahora bien, sus límites internos son tan borrosos como sus límites externos, dado que:

— las restricciones retóricas están en parte determinadas por los datos situacionales;

— se puede considerar que el emisor y el receptor son parte integrante de la situación de comunicación:

— finalmente, la situación integra una parte del referente. Pero ¿cuál? ¿Lo que ven el hablante y el oyente? ¿Lo que pueden ver si modifican su campo visual sin desplazarse? ¿O desplazándose? Pero entonces, ¿dónde fijar el referente de la situación?

No podríamos responder a todas estas preguntas. Nuestro esquema (puesto que "modelo" sería una palabra demasiado importante, tratándose de un objeto tan débilmente estructurado) tiene al menos el mérito de plantearlas, de mostrar que los diferentes parámetros extralingüísticos no ocupan aquí de ningún modo un lugar marginal, y de permitir circunscribir las tareas que le esperan a la lingüística "de segunda generación", como dice Benveniste: investigar cómo se articulan entre ellas las diferentes competencias; cómo actúa, en la codificación y en la decodificación, ese filtro complejo que es el universo del discurso; cómo se efectúa, en una situación determinada, la puesta en referencia del mensaje verbal; tratar, en fin, de elaborar esos modelos de producción y de interpretación que permiten la conversión de la lengua en discurso.

2. LA ENUNCIACION

Ya es hora de circunscribir el campo de nuestro estudio, es decir, de dar una respuesta a la pregunta ¿qué es pues la enunciación? ¿cuál debe ser, cuál puede ser, el objeto de una "lingüística de la enunciación"? Es ahora cuando se manifiesta la distancia que separa ese "poder" de ese "deber", y la ambigüedad ligada al concepto de enunciación.

34. Es conocida la célebre fórmula de Mac Luhan: "El mensaje es el medio". Para un ejemplo (el de la "comunicación de masas") de la incidencia del canal sobre las propiedades internas del mensaje, véase Eco, 1972, p. 19.